

Jesús Campos

Y LA LUCHA DEL TEATRO

Mariano de Paco

En feliz coincidencia, cuando a finales del pasado octubre se cerraba el Segundo Salón del Libro Teatral Español e Iberoamericano, Jesús Campos recibía el Premio Nacional de Literatura Dramática del 2001 por *Naufragar en Internet*. Otro gran texto suyo, *La Cabeza del Diablo*, había quedado finalista en la convocatoria anterior. El Salón tenía por lema, como el primero (y esperamos que los sigan muchos más), “El teatro también se lee”. Con esa afirmación-deseo la Asociación de Autores de Teatro y Jesús, su presidente, dejan constancia de algo tradicionalmente sabido y hace cierto tiempo olvidado: los textos teatrales conforman uno de los géneros literarios (como la poesía o la narrativa) y por ello pueden y deben ser leídos.

Esta simultaneidad generaba también una punta de ironía porque exposición y premio confluían en un creador que, quizá como ninguno en estos años, ha insistido en el propósito de “contrapuntear texto e imagen”. Campos es el mejor ejemplo del autor-director o del director-autor: de modo habitual se ocupa de sus propios montajes y de la confección de sus escenografías. Pero ha sabido así mismo dar la importancia que tiene a la labor del autor que construye y escribe una historia susceptible de ser leída antes y después de su paso por el escenario.

No quiere esto decir, por supuesto, que premios y lectura sirvan para sustituir las representaciones o para disimular su ausencia. Es significativo y penoso que, cuando en esta misma página de **Las puertas del drama** se escribía sobre los precedentes Premios Nacionales de Literatura Dramática, los de Jerónimo López Mozo y Domingo Miras, había de insistirse en la inexistencia de normalidad escénica que suponía la falta de estrenos que padecían los galardonados autores. Jesús Campos ha evitado esa carencia con el empeño personal, aunque en esta fausta ocasión expresaba su esperanza de que el reconocimiento hiciese “menos complicado el acceso a los teatros nacionales”.

Cierto es que Jesús Campos parece un autor-guadiana que “aparece y desaparece del panorama teatral”. Pero no lo es menos que su figura es la de quien, desde que en

1970 surge en ese horizonte con *La lluvia*, no ha dejado de pertenecer a él. Mi primer recuerdo de Campos se aleja hasta *7.000 gallinas y un camello*, Premio Lope de Vega 1974 (evocado con brillantez por el dramaturgo en su intervención en el pasado Foro de Debate de Valladolid). Premio simultáneo obtuvo *En un nicho amueblado*, el Carlos Arniches de 1974 y, poco después, *Es mentira*, Premio Guipúzcoa 1975. Anterior es su *Matrimonio de un autor teatral con la junta de censura*, Premio Ciudad de Teruel 1972. De los ya lejanos comienzos al tiempo más reciente o inmediato, para completar el arco: *Triple salto mortal con pirueta* recibe el Premio Ciudad de Alarcón 1997 y *Patético jinete del Rock and Roll*, ha obtenido en el 2001 el Tirso de Molina.

No sé si es muy adecuado el componer la trayectoria de un autor trazando el mapa de sus premios. Quizá la situación de nuestro teatro deje ver así unas apenas ocultas perversiones: la de que un bien, el de la lectura, se convierta en un mal si a ella nos reducimos; la de que el encomiable esfuerzo individual haya de convertirse en una realidad de sustitución.

Escribió no hace mucho Jesús Campos que “la recuperación del teatro español pasa por el reencuentro de la sociedad con un teatro que la refleje”. Es lo que él ha venido haciendo a lo largo de treinta años: enfrentarse a su entorno críticamente con unas obras en permanente voluntad de experimentación creativa. Uno de los espectáculos más singulares a los que he asistido fue la representación en 1997 de *A ciegas*, cuyo texto hemos tenido la satisfacción de editar en Murcia; vuelta actual a la alegoría sacramental calderoniana, constituye un excelente ejemplo de la riqueza de su teatro. Como lo es también *Naufragar en Internet*, que desde su comienzo nos introduce (¿proféticamente?) en el desasosiego que hoy nos aqueja: “No hay nada tan cierto como que no es posible tener certeza de nada”. Por si acaso, Jesús Campos no abandona su constante actividad, y tuvo noticia del Premio mientras trabajaba en la preparación de un Plan Nacional para regular la actividad escénica. Un hermoso símbolo para quien tanto gusta de ellos. ■

Esta revista ha sido editada por la AAT con la ayuda de:

